

PASTOR

Era tarde esa noche cuando me detuve frente a su casa. Frente a la casa de la doc. Había arrasado los pies varias cuerdas, caminando sin rumbo. No conté cuántas, pero fueron muchas. Caminé pensando en que le había prometido, hacía un par de meses, que la iba a visitar. Me dolían los pies, las suelas de mis zapatos estaban tan gastadas que el frío del concreto alcanzaba mi piel. Recordé los zapatos del hombre que llegaba a vender carbón a mi casa cuando yo era niño. Don Lupe se llamaba, lo recuerdo bien. Don Lupe pasaba al zaguán, bajaba la red de carbón que llevaba al hombro y se sentaba en un bloc. A mí me daba miedo porque la muchacha decía que se robaba a los niños malcriados. Y yo era malcriado. Pues don Lupe se descalzaba para reacomodar los pedazos de carbón dentro de sus zapatos, los que servían para cubrir los grandes agujeros de las suelas, mientras la muchacha veía que el carbón viniera completo. Un día levantó el zapato e introdujo la mano. Por el agujero salió a saludar su dedo mugroso y negro. Me estaba saludando a mí,

moviéndose como un gusano. Don Lupe comenzó a reírse pero a mí me dieron ganas de llorar.

Me sostuve en el poste de luz e inspeccioné la suela de mis zapatos. Uno puede saber qué le pasa a la gente sólo con verle los zapatos. En serio. Y ahora mi vida estaba en un desagüe. Rasqué un poco una mancha oscura y no tardé en sentir la tela delgada de mis calcetines. Levanté la mirada: estaba frente a su casa. Frente a la casa de la doc.

La última vez que la vi estaba justamente de pie, aquí mismo; quieta, callada, parada frente a la verja, viendo el suelo. También era de noche la última vez que la vi.

Me asomé por la verja del portón. La pintura se estaba descascarando. El jardín se veía descuidado: los rosales ya se habían convertido en maleza, la grama estaba alta y había malahierba creciendo entre los adoquines del garaje. En una jardinera había una pelota blanca, escondida como una triste luna. Me guardé las manos en los bolsillos. En ese momento no lo pensé, pero de seguro ese simple gesto no era a causa del frío y del viento, sino un gesto de huida. Donde se suponía que debería haber estado el timbre, encontré dos alambres pelados que salían de un agujero oscuro y polvoriento; parecía que no hacía mucho lo habían arrancado de su lugar. Con la mano que llevaba escondida en el bolsillo sentí una llave. Mis dedos la acariciaron por un momento y jugaron con sus formas dentadas y su cuerpo frío. Podía sacarla y golpear la verja de hierro para que me oyera y ella hubiera salido a ver quién estaba tocando. Entonces supe que no tenía ganas de darle vueltas a la manija de la

memoria, como a esas victrolas viejas, a las que sólo les sacas música destemplada. No quería escuchar nada de eso. No teníamos nada, pero nada de qué hablar. Nada se había dicho, no habíamos hecho el recuento de todo lo que había sucedido, de cuánto habíamos muerto para luego quedarnos envejeciendo para siempre. Di la vuelta y me fui con los fantasmas de nuestro pasado, eternamente reciente. Era hora de irme. El camino al infierno, dicen, está empedrado de buenas intenciones.